

ASÍS

1 de Abril

Cuatro horas de caminar á pie para ver aldeanos. Pais encantador y bien cultivado; el trigo verde sale de la tierra con abundancia, las viñas retoñan y cada cepa sube trepando por un olmo. Claros arroyos corren por las zanjas. Al horizonte una cadena de montañas, y las nieves se destacan inmaculadas, confundiéndose con el raso de las nubes.

Muchas calesas, campesinos que cantan; es un signo indudable de bienestar el que indican esos pequeños cochecillos; ellos anuncian una clase de hombres colocados por encima del trabajo que rinde y del grosero deseo. Las *Madonas* son numerosas y prometen por tres *ave* cuarenta días de indulgencia; esta es la religión de Italia. Por lo demás, los pueblos se parecen á los nuestros y ofrecen, sobre poco más ó menos, el mismo grado de cultura. Es domingo; los aldeanos llevan gruesos zapatos y pesados vestidos. Están muy alegres; hablan y ríen en la plaza; otros juegan á los bolos, algunos al disco y los restantes á la *morra*. Las posadas y los mesones no están más sucios ni menos desadornados que en Francia. Toscas vigas sostienen el techo; hay sillas, mesas

y aparadores de madera enlucida. Hay una especie de alacena para botellas provista de dos *Madonas*. En el zaguán dos toneles enormes, cercados de pesadas banquetas, permanecen constantemente en su sitio; el vino no es muy caro. Trozos de carne penden de garfios de hierro. En un país fértil, que consume sus productos, el bienestar es natural. La posada se llena y la hija de la casa llega con su madre, vestidas ambas con trajes domingueros, un velo negro en la cabeza y una graciosa sonrisa en los labios. Gracia brillante y coqueta la de la joven; los mozos empiezan á mirarla con esta tierna complacencia y este aire arrobado y voluptuoso que es propio de los italianos.

* * *

En la cima de una abrupta eminencia, sobre una doble fila de arcadas superpuestas, aparece el monasterio; á sus pies un torrente moja apenas el suelo y se pierde á lo lejos en un lecho de gujarros; más allá la antigua villa se alinea sobre la cresta de la montaña. La subida al monte es larguísima y bajo un sol ardiente; de pronto, en el ángulo de un patio cercado de finas columnitas, se penetra en la obscuridad del edificio. Nada hay que se le asemeje; antes de haberlo visto no puede tenerse idea del arte y del genio de la Edad Media, tal es esta obra del cristianismo místico.

Hay tres iglesias, una sobre otra, en torno del sepulcro de San Francisco. Encima de ese cuerpo venerado, que el pueblo cree siempre vivo y entregado al rezo en el fondo de una gruta inaccesible, el edificio ha florecido arquitectónicamente. La iglesia más baja es una cripta negra como una

tumba, y hay que bajar á ella con antorchas; los peregrinos se acercan á los húmedos muros y se empujan por tocar la baranda. Allí está la sepultura, en un pálido día triste y marchito, semejante á un limbo. Algunas lámparas de cobre, casi sin luz, arden eternamente, como estrellas perdidas en una pesada profundidad. El humo sube por las bóvedas y el espeso olor de los cirios se mezcla al olor de bodega que da la humedad. El guardián aviva su antorcha, y este súbito llamar en medio de la horrible negrura, sobre los huesos de un muerto, es una especie de visión del Dante. Aquí está la fosa rústica de un santo que, en medio de la podredumbre y de la pobreza voluntarias, vió entrar en su agujero de tierra pegajosa la luz sobrenatural del Salvador.

Pero lo que no puede representarse con palabras es la iglesia de en medio, largo y estrecho tragaluz, sostenido por arcos redondos que se curvan en una semiobscuridad, y cuyo voluntario aplastamiento hace doblar involuntariamente las rodillas. Una capa de pintura de un azul sombrío con bandas encarnadas estrelladas de oro; troncos y ramas, delicadas espirales, figulinas pintadas, cubren los arcos y los techos de manera armoniosa y original. Se extiende la mirada en todas direcciones; un pueblo de formas y de tintas vive sobre las bóvedas. Yo daría por ese subterráneo todas las iglesias de Roma. Ni la antigüedad ni el Renacimiento han podido imaginar esta obra imponderable. El arte clásico se distingue por la sencillez, el arte gótico por la riqueza. El uno toma por tipo el tronco del árbol, el otro el árbol entero con toda la plenitud de su follaje. Aquí hay un mundo, como en una floresta real, y cada objeto es complejo y completo como una

cosa verdadera. Acá las sillas del coro sobrecargadas de esculturas; allá abajo una rica escalera que hace recodo, con gradas de encaje, colocadas en fina carne de mármol, monumentos funerarios cuyo follaje marmóreo les hace parecer elegantes cofrecillos de orfebrería; aquí y allí, al azar, manojos de esbeltas columnitas; una multitud de joyas de piedra, cuya ordenación parece una fantasía, y en el laberinto de hojas y ramas coloreadas, una profusión de pinturas ascéticas con su aureola de viejo oro deslucido; todo esto entrevisto vagamente entre los negros reflejos de las ensambladuras, en un día de púrpura apagada, mientras que á la entrada el sol inclina sus rayos y los deja caer por cien mil flechas de oro, como un pavo que extiende su abanico.

En la cima, la iglesia superior se alza tan brillante, tan aérea, tan triunfante como las de abajo. En verdad, si se deja campo á las conjeturas, puede imaginarse que en los tres santuarios el arquitecto ha querido representar los tres mundos: en el subterráneo, la obscuridad y el horror del sepulcro infernal; en el de en medio, la ansiedad pasional del cristiano que ora, lucha y espera en la tierra lleno de sinsabores; en el de arriba, la alegría y la gloria deslumbrante del paraíso. Este último, edificado entre aire y luz, eleva sus columnitas, abre sus ojivas, adelgaza sus arcadas, sube y sube todavía iluminado por el resplandor que recogen sus altas ventanas, por el centelleo que le dan sus rosetones, sus vidrieras, sus filetes de oro, estrellas que lucen sobre los arcos y sobre las bóvedas, encerrando los gloriosos personajes y las sagradas historias de que está cubierta desde el suelo hasta el techo. Sin duda que el tiempo, siguiendo su obra destructora, las ha agrieta-

tado; muchas están caídas, el azul de que estaban pintadas se ha descolorido; pero el espíritu rehace lo que ha desaparecido para la vista y contempla así la pompa angélica tal y como era seis siglos antes cuando brillaba por primera vez. Una catedral no tiene este esplendor; es necesario una capilla para indicar al hombre la última estación de la vida cristiana. Como en la Santa Capilla de Luis IX, los hombres hallaban aquí un tabernáculo; la gravedad y los terrores de la religión estaban atenuados; no se percibía en derredor más que los esplendores del cielo y los arrobamientos del éxtasis. Bajo esta bóveda que, como un dosel aéreo, parece no apoyarse en la tierra; entre los centelleos del oro y los efluvios de la claridad transfigurada por las vidrieras; entre estas obras maravillosas de formas elevadas y entrecruzadas que se enlazan como un adorno de desposada, el hombre sentíase transportado, viviendo en el paraíso. No trataré de describir aquellas fiestas religiosas. Han sido descritas ya para nosotros, y yo me repetía en voz baja estos versos de Dante: «Y he aquí que una luz súbita recorría la gran selva en todas sus partes, tan brillante, que yo dudé si no era más que un resplandor... Y una dulce melodía se extendió por el aire luminoso.

»En tanto que, á través de estas primicias del eternal placer, yo avanzaba sobrecogido y deseoso aún de más alegría.

»Ante nosotros, el aire, parecido á un gran fuego, se muestra incendiado sobre las verdes ramas, y el dulce son que habíamos oído ya se convirtió claro y distinto en este canto.

»Siete candelabros de oro alumbran encima de ellos mismos, más claros que un cielo sereno

y que la luna á media noche y en mitad de su mes.

»Y detrás de esos candelabros vi venir personajes vestidos de blanco. Jamás blancura tal se vió aquí abajo.»

Todas esas imágenes se ven aquí; Giotto, el amigo de Dante, ha pintado en la segunda iglesia visiones parecidas, y sus discípulos y sucesores, imbuídos todos en su estilo, han tapizado con sus obras las restantes paredes del edificio. No hay otro monumento cristiano donde las puras ideas de la Edad Media lleguen al espíritu con tal variedad de formas, expresándose por medio de tantas obras maestras contemporáneas.

Encima del altar, rodeado de una verja trabajada en bronce y hierro, Giotto ha cubierto el arco rebajado de grandes personajes tranquilos y alegorías místicas. Aquí está San Francisco recibiendo de las manos del Redentor la Pobreza por esposa; allí la Castidad, sitiada en vano en una fortaleza almenada y rodeada por los ángeles; á este lado la Obediencia bajo un dosel, cercada de santos y arcángeles arrodillados; más allá San Francisco glorificado, con ropaje de diácono, brillante como el oro y circundado de virtudes celestes y de serafines que cantan. Giotto se nos presenta aquí como un pintor excelente y se ajusta á la severidad religiosa que requieren las imágenes que representa. Un relieve demasiado fuerte, un movimiento demasiado humano destruirían nuestra emoción; por eso no ha dado expresiones demasiado variadas ni demasiado vivas á sus ángeles y virtudes simbólicas; todas las almas están sumidas en un éxtasis inmóvil. Las fuertes y espléndidas vírgenes, los arcángeles musculosos nos

retienen en la tierra: es su carne tan visible, que no creemos en su divinidad. Por eso las figuras de aquí, las arrogantes y nobles mujeres colocadas en hieráticas procesiones, se parecen á las Matilde, á las Lucía de Dante; son las sublimes y vaporosas apariciones del ensueño. Sus hermosos cabellos rubios están castamente recogidos alrededor de la frente. Muy cerca unas de otras, parecen mirar á quien las mira; largas túnicas de grandes pliegues, blancas, azules ó rosa pálido, caen en torno de su cuerpo, se agrupan cerca de algún santo ó de algún Cristo, silenciosamente, como un rebaño de pájaros fieles, y sus cabezas, un poco tristes, tienen el óvalo grave de la dicha celestial.

Este monumento es único en el arte. La flor y el término del cristianismo viviente es el siglo XIII; después de él no hay más que el escolástico, la decadencia y tanteos infructuosos hacia otra época y otro espíritu. Un sentimiento que no estaba antes más que bosquejado, el amor, estalla entonces con extraordinaria fuerza, y San Francisco fué el heraldo. Llamaba al agua, al fuego, al sol y á la luna sus hermanos; predicaba á los pájaros; rescataba, dando su manto, á los corderos que llevaban al mercado. Se cuenta que las liebres y los faisanes se refugiaban entre los pliegues de su hábito. Su corazón se desbordaba de amor sobre todas las criaturas; sus primeros discípulos vivieron, como él, en una especie de embriaguez contemplativa, «de tal manera, que algunas veces por espacio de veinte ó treinta días, subidos en la cima de elevados montes, contemplaban las cosas celestes». Sus escritos son efusiones. «Que nadie me reprenda si el amor me hace ir como un loco. No hay corazón que se defienda que pueda esca-

par á un amor semejante; porque el cielo y la tierra me gritan y me repiten en voz alta, y todos los seres que yo debo amar me dicen: «Ama al amor, que nos ha creado á todos para atraernos á sí...» ¡Oh Cristo, tú caminas muchas veces sobre la tierra como un hombre ciego! El amor te conduce al martirio como á un hombre vendido. En todas partes no muestras más que amor para los otros; nunca te acuerdas de ti... El amor lanzaba sus dardos en tal cantidad, que yo me sentía agonizar, y tan fuertemente, que desesperaba poder pararlos, traspasado ya, no por muerte verdadera, sino por exceso de gozo.»

No era solamente en los claustros donde se encontraban esos transportes. El amor se había hecho soberano de la vida laica, así como de la religión. En Florencia, congregaciones de mil personas vestidas de blanco recorrían las calles con trompetas, conducidas por un jefe que se denominaba *el señor del amor*. La nueva lengua que nacía, la poesía y el pensamiento que envejecían, no se ocupaban más que en describir el amor, cantando sus excelencias. Acabo de releer la *Vita nuova* y algunos cantos del *Paradis*; el sentimiento es tan intenso, que hace daño y da miedo; esos hombres vivían en la región abrasadora en que la razón se funde. El relato de Dante, como su poema, atestiguan una alucinación continua; él se desmayaba, le asaltaban las visiones, su cuerpo enfermaba, y toda la fuerza de su pensamiento se empleaba en repeler ó comentar los espectáculos desgarradores ó divinos bajo cuya influencia se encontraba (1). Los iniciados tienen un len-

(1) Comparar la *Aurelia*, de Gérard de Nerval, con *L'intermezzo*, de Heine.

guaje apocalíptico, voluntariamente obscuro, dan un doble y triple sentido á sus palabras. El mismo Dante establece como regla que hay cuatro en cada individuo. Al llegar á este estado extremo todo se hace simbólico: un color como el verde ó el rojo, un número, una hora del día ó de la noche, toma una rara importancia; uno es la sangre de Cristo, otro las praderas de esmeralda del paraíso; aquello el azul virginal del cielo, esto otro las cifras sagradas de las divinas personas que se hacen presentes al espíritu de este modo. Por las catalepsias y los transportes, la cabeza trabaja y la sensibilidad rendida hace estremecer en sacudidas que la transportan á las delicias supremas ó la precipitan en una infinita desesperación. Entonces las fronteras naturales que separan los diferentes reinos del pensamiento se borran y desaparecen.

La mujer adorada se transfigura hasta convertirse en una virtud celeste. Las abstracciones escolásticas se transforman en apariciones ideales. Las almas se parecen á rosas etéreas, «flores perpetuas de eternal goce, que como un perfume hacen sentir á la vez todos sus aromas». La pesada materia sensible y el fárrago de las fórmulas secas se confunden y se evaporan en el límite de las místicas contemplaciones, hasta no dejar subsistir de ellas más que una melodía, una esencia, una claridad, un emblema, sin que ese resto de las imágenes terrestres tenga por sí mismo otro valor que el que sirve para figurar en el insondable é inefable *más allá*.

¿Cómo han podido soportarse las angustias y el exceso continuado de un éxtasis semejante, los contrastes del infierno y del paraíso, las lágrimas, los temblores, los desvanecimientos y las alterna-

tivas de estas tempestades del espíritu? ¿Qué nervios las han resistido? ¿Qué fecundidad de alma y de imaginación las ha sugerido?

Después todo ha ido decayendo. Entonces el hombre era mucho más fuerte y permanecía más tiempo joven.

He hojeado aquí en estos días la *Vida de Petrarca* escrita por él mismo. Amó á Laura catorce años. Hoy la juventud del corazón, la edad de los grandes disgustos y de los bellos ensueños, dura cinco ó seis años; en seguida se ambiciona un buen matrimonio y un buen puesto en la sociedad. Yo creo que el cuerpo templado por la vida guerrera era más resistente, y que el rudo régimen semibárbaro, matando á los débiles, no dejaba subsistir más que á los fuertes. Pero es menester considerar ante todo que la tristeza, el peligro, la monotonía de una vida sin distracciones, sin lecturas, siempre amenazada, acrecia la capacidad del entusiasmo, la sublimidad y la intensidad de los sentimientos.

La seguridad, la comodidad, las elegancias de nuestra civilización, nos desparraman y nos debilitan. De una cascada ellos hicieron un estanque. Nosotros gozamos y sufrimos por mil pequeñas sensaciones diarias. Entonces, en lugar de dispersarse, la sensibilidad se acumulaba y la pasión se desbordaba en grandes irrupciones. En un romance ruso, *Tarass Boulba*, un joven jefe cosaco, al salir del campo con los sentidos obstruidos por la salvaje vida nómada, por el olor del aguardiente y por la vista continua de figuras brutales y feroces, percibe á una bella joven pura y delicada. A su vista se siente como transformado, se atrodilla, olvida á su padre y á su patria y combate desarmado contra los suyos. Un sacudimiento parecido

ha prosternado á Dante ante una niña de nueve años.

*
* *

Un monje me ha conducido al refectorio; después, atravesando una porción de salas, hasta un patio interior cuadrado, donde un pórtico de dos pisos sostenido por finas columnitas forma un elegante paseo. Losas, columnas, muros, cisternas, todo es de piedra. Encima, como encuadrándolo, un toldo de tejas rojizas. El cielo azul, parecido á una cúpula redonda, se cierne sobre este cuadro blanco; no es posible imaginarse el efecto de esas formas tan sencillas ni de estos colores tan simples. Alrededor del convento hay un segundo paseo bajo arcadas ojivales de rudas piedras quemadas por el sol, más allá abraza la mirada el hermoso valle con su diadema de nevadas montañas. Los pobres frailes de las *Fioretti*, á fuerza de reducir su vida, la ennoblecían; dos ó tres sensaciones formaban su existencia, pero eran sublimes. Alguno de entre ellos salía del rebaño de los brutos y estaba obligado á ser un gran poeta; cuando no se convertía en una máquina de genuflexiones, acababa por sentir la serenidad y la grandeza de aquel paisaje. «El hermano Bernardo vivía en la contemplación de las alturas; á causa de esto, el hermano Egidio decía que era él solo á quien se le había otorgado el don de alimentarse volando como las golondrinas... Y el hermano Conrado acababa de hacer su oración cuando se le apareció la Reina del cielo con su bendito Niño en los brazos, rodeada de grandísimo resplandor, y acercándose al hermano Conrado puso en sus brazos al divino Infante; este Conrado, habiéndole recibido, besándole devotamente, abrazándole y

apretándole contra su pecho, se fundió y se disolvía todo entero en el amor divino, con una consolarción inexplicable.»

Abajo, en el llano, hay una grande iglesia que contiene la casa del santo, pero es moderna, con una cúpula pagana y pomposa. Tiene frescos de Overbeck, que son serviles imitaciones; para parecer gótica se hace torpe y da á sus ángeles un cuello torcido y á Dios el aire lastimoso de un hombre á quien no ha sentado bien la comida. En verdad, nada más desagradable para la religión verdadera que la religión fingida.

6 de Abril

Multitud de conversaciones todos estos días con gentes de todas clases y de todas opiniones, pero de éstas son las liberales las que más abundan.

Los diplomáticos—dicen—están mal dispuestos hacia la unidad de Italia; no la juzgan sólida. Según los dos hombres de talento con quienes he viajado, oficial el uno, agregado de embajada el otro, el rasgo que más distingue á los italianos es la falta de carácter y la plenitud de la inteligencia; al contrario de los españoles, que tienen la cabeza dura y la inteligencia limitada, pero saben querer. Se disputa acerca del número de voluntarios

que tenía á sus órdenes Garibaldi en 1859; los unos elevan la cifra á dos mil quinientos; los otros á siete mil; de todos modos, es ridiculamente pequeña. El emperador Napoleón había querido aumentar la legión extranjera, casi vacía, con simples cuadros; nadie se presentó á llenarlos; se les hacía muy duro á los italianos dejar á la querida ó á la esposa para ir á sufrir una dura disciplina. El espíritu militar huyó de este país hace mucho tiempo. Según mi oficial, que había asistido á la última campaña, Milán no había suministrado más que ochenta voluntarios, y los campesinos estaban más bien por los austriacos. Los nobles y la clase media pronunciaban discursos y lanzaban aclamaciones, pero su entusiasmo se evaporaba en frases y no iba ninguno á arriesgar la piel. La generosidad, la verdadera pasión, el patriotismo sincero, no se encontraban más que en las mujeres.

Esa carencia de energía ha contribuido en gran parte á la paz. Napoleón decía á Mr. Cavour: «Usted me había prometido doscientos mil hombres; sesenta mil piamonteses y ciento cuarenta mil italianos; me entrega usted treinta y siete mil soldados, y me veo en el caso ahora de hacer venir cien mil franceses más.» Cuando el protegido no ayuda, el protector se inquieta, se disgusta, y la guerra termina de pronto. A fuerza de tanto arrodillarse, el italiano ha perdido la facultad de resistir; en cuanto os ve montar en cólera se asusta, se alarma, os cree loco (*matto*). Cuando un pueblo no sabe batirse, su independencia no es más que provisional; vive por gracia ó por accidente. Y luego, la religión no es aquí abstracta, racional, como en Francia; está fundada en la fantasía, y así es ella viva y fugaz; día llegará en

que se vuelva contra el liberalismo y el Piamonte. Por otra parte, la unidad de este país es contra natura; por su geografía, sus razas y su pasado, Italia está dividida en tres pedazos; todo lo más puede llegar á ser una federación. Si aun se sostiene es porque Francia hace centinela en los Alpes contra Austria. Yo respondí á esto que la revolución no es aquí un asunto de raza, sino de interés y de ideas. Comenzó á fines del siglo último con Beccaria, por ejemplo, por medio de la propagación de la literatura y de la filosofía francesas. La clase media y las gentes más elevadas son sus propagandistas, llevando al pueblo tras ellos. Hay allí una fuerza nueva superior á las antipatías provinciales, desconocida hace cien años, no existente en los nervios, las costumbres y la sangre, sino en el cerebro, las lecturas y el raciocinio; con una fuerza tal, que ella ha hecho la revolución de América y la revolución francesa, y esa fuerza es siempre creciente, porque los incesantes descubrimientos del espíritu y los mejoramientos multiplicados en la condición humana contribuyen á aumentarla cada día. ¿Bastará para sostener á Italia? Es esta una cuestión de mecánica moral, y nosotros no podemos resolverla. Entretanto observemos los pequeños hechos que nos rodean; esta es la única manera de llegar á alguna evaluación aproximativa de las fuerzas que vemos, pero que no medimos.

Por el camino crúzase con nosotros reclutas vestidos de gris, soldados de uniforme y muchas veces también lindos oficiales con traje azul de diario y aire brillante y distinguido. Cada pequeña villa tiene su guardia nacional, y se ve á estos guardias sentados al sol sobre un banco de piedra, á la puerta de la *mairia*; las calles llevan los

nombres de Víctor Manuel, Garibaldi, Solferino. Las gentes se embriagan de independencia y hablan de sí mismos con enfática vanagloria.

Un romano que va á Suiza, me dice: «Tenemos cuatrocientos mil soldados y seiscientos mil guardias nacionales; en dos años la unidad de Italia se consolidará y nos hallaremos en estado de combatir á los austriacos.» Las exageraciones del patriotismo y de la venganza son poderosos aguijones.

En la frontera, el jefe de la aduana, un piemontés, antiguo soldado de Crimea, declamaba á media noche, en su barraca de madera, contra Antonelli y Mérode, «esos bribones, esos asesinos». Hablaba de los derechos de las naciones y de los deberes del ciudadano.

Obsérvese que los camaradas de Hoche, sargento de guardias francesas en el año 89, hablaban en el mismo tono y pronunciaban parecidas frases.

En Foligno, en un pequeño café, he visto pagar con monedas pontificias; el cafetero no las quiso. «No, señor; esa moneda no la quiere aquí nadie; no queremos nada de Roma. ¡Que se vayan todos los curas! ¡Que se vaya el Papa al paraíso! ¿Está enfermo? Pues bien; ¡que acabe pronto!» Y todo esto dicho rudamente, entre las risas de las mujeres y de cinco ó seis obreros que estaban allí. Un verdadero interior de los Jacobinos, como en el año 90.

Ayer, en la calesa, tres horas de conversación con mis vecinos, hojalatero-lampistero en Perugia el uno, fabricante de tejas el otro. El primero es un industrial bien acomodado; ha ido en diputación á Turin cerca de Víctor Manuel, de quien es partidario decidido. Su hijo, que habia hecho sus

estudios y aprendido la pintura, se habia enganchado en el ejército y combatía contra los bandidos de Calabria. El fabricante de tejas tiene diez sobrinos en la armada. No cesaron de hablar y me facilitaron detalles infinitos.

Según ellos, todo va bien. De veinte personas, quince están á favor del gobierno, cuatro á favor del Papa y uno solo á favor de la República. Los republicanos han perdido terreno y se les considera como *fantastici* (ilusos). En la armada, los jóvenes comen bien y regresan fuertes, alegres, con aire marcial; el efecto es desastroso en los corazones de las muchachas, que se entusiasman al instante, así como los jóvenes y todos los parientes y amigos de los apuestos marinos.

Sin duda que los impuestos son muy fuertes, pero cada uno trabaja y aprovecha el doble. Se construyen y se reparan edificios. Spoleta está renovada del todo; se ha instalado el gas en Perugia y el camino de hierro de Ancona va en aumento; hay un gran impulso en todo. «¡Todos los avaros trabajan!» (*Tutti i quatrini lavorano*).

La burguesía está interesada en este sentido. De los veintidós mil habitantes de Perugia, hay mil cuatrocientos guardias nacionales, todos ellos comerciantes, boticarios, gentes bien establecidas y respetables. Hacen patrullas con los soldados, se ejercitan, aprenden la táctica militar y están muy contentos de tomarse tantas molestias. «Yo he hecho sacrificios por mi país—me decía el negociante,—y estoy dispuesto á hacer más todavía.» Nada de rivalidades provinciales ó municipales. Florencia ha devuelto á Pisa, en prueba de amistad, las cadenas de su puerta que tiempos atrás le habia arrebatado. Les señalo un oficial que pasa y pregunto si es piemontés. «Nada de pia-

monteses; nosotros estamos confundidos en el ejército; ya no hay más que italianos.»

Tienen la confianza y las ilusiones del 89. Les hago observar que el ejército italiano no ha hecho aún sus pruebas. «Nosotros hemos combatido en Milán en 1848. La ciudad sola en tres días ha rechazado á los austriacos. Hemos combatido también en Perugia contra los suizos, que asesinaban á las mujeres y á los niños; entonces estaba yo á caballo. No temíamos á los austriacos. Teníamos setenta mil voluntarios contra ellos en 1859.» (Los siete mil voluntarios se han convertido en setenta mil. Pero el pueblo es poeta; cuanto más se envanece más se eleva).

Según mis dos compañeros, «los curas son unos bribones y el gobierno tiene razón en confiscar los bienes de los frailes; debían desterrar á todos esos vagos, que abiertamente hacen propaganda contra él. Antes de 1829 eran muy poderosos y se metían hasta en los asuntos domésticos; eran juzgados por un tribunal especial y no salían condenados nunca. Ahora bajaban la cabeza; hace poco que dos de ellos fueron castigados por delitos cometidos, y todo el mundo aplaudía. No hacían más que mal. Los mendicantes, niños y adultos, que nos asediaban en Asís, se parecen á ellos así en lo físico como en lo moral. Corrompían á las mujeres y mantenían la ignorancia. Pero hoy la instrucción va extendiéndose por todas partes. Cada pueblo tiene sus escuelas; hay trece en Asís, que no tiene más que tres mil almas.» Un pobre se acerca á pedirnos limosna: «Vete, vago, á pedir á los frailes, que tu padre está entre ellos.» Y el otro, con su sonrisa italiana, fina y obsequiosa, respondió: «No, señor; yo no soy de este país; deme usted alguna cosita.»

Infinidad de hechos menudos demostraban este odio contra el clero. Ultimamente, en Foligno, en una mascarada, iban representados el Papa y los cardenales, y eran de ver los silbidos, las bur-las; una carcajada general, en fin.

En Perugia, al lado de Santo Domingo, hay un convento de mínimos que se ha convertido en cuartel. Los soldados han roto con sus bayonetas los frescos del paseo interior.

Hoy las figuras mutiladas se caen á pedazos, distinguiéndose acá y allá, confusamente, la forma de algún personaje; la llama de una hoguera encendida por los soldados acaba de destruir el mejor grupo alegórico.

Un cuarto de hora después, en San Pedro, un cura me decía con aire triste que también allí habían desgarrado las mejores pinturas. Y repetía con acento humilde: «Los eclesiásticos no se dan aquí el tono que en Roma.»

Hay aquí las mismas bruscas transiciones que se vieron en nuestra Revolución. El colegio laico y el cuartel suceden al colegio religioso y al monasterio. Esta oposición obliga á pensar que no cesará del todo; en Francia jamás ha cesado, á pesar de que la Revolución ya pasó. Esta y el catolicismo viven armados y frente á frente. Los pueblos protestantes, los ingleses, por ejemplo, son más felices. Lutero ha reconciliado entre sí la Iglesia y el mundo. Casar al cura, hacer de él, por la educación y la naturaleza, una especie de laico más grave, elevar al laico hasta la reflexión y la crítica entregándole la Biblia y su explicación; suprimir en la religión la parte ascética, llevar al mundo la consciencia moral, esa es la más grande de las modernas revoluciones. Los dos espíritus están de acuerdo en el país protestante; los

dos permanecen hostiles en el país católico, y por desgracia, no se ve cercano el término de esta hostilidad.

Otro comerciante (un *oficial*), camarada mío y con el cual entablo conversación, me comunica análogas ideas. ¡Qué viva y completa inteligencia la de estos italianos! Este *camerieri*, que me cuenta su historia, su casamiento, sus reflexiones sobre la vida, habla, juzga y razona como un hombre instruido.

Un miserable guía, semipordiosero, en una tienda de Asís, tenía opiniones bien ligadas entre sí, y me explicaba escépticamente el estado del país. «Los paisanos hacen la guerra á los reclutas —decía,— pero es por envidia; sus hijos han sido cogidos y quieren coger ellos á los hijos de los demás. Mirad; el rico come siempre al pobre, y el pobre no come nunca al rico.» Facilidad de concepción y prontitud de expresión.

En esta *débacle* de una revolución general y de un gobierno indeciso, cada pueblo está servido y administrado por sí mismo.

Todos están de acuerdo afirmando que el partido liberal hace progresos. Según mi joven oficial, cada año disminuye el número de los refractarios. En Orvieto, donde está de guarnición, no hay uno solo. En Foligno se cuentan dos ó tres antiguas familias que tengan ideas reaccionarias; son avaras y adineradas; una de ellas está emparentada con un cardenal; el resto de la villa está por Víctor Manuel. Se arriendan á los ciudadanos los bienes de los eclesiásticos, cosa que reconcilia á aquéllos con el gobierno; se acabará por venderlos y entonces se declararán francamente patriotas. En total: el enemigo del nuevo régimen es el clérigo; son los frailes reducidos á quince *sous*

por día; son los curas que aconsejan á los jóvenes huir del reclutamiento y pasar la frontera romana.

Por lo demás, mi oficial, como casi todos los italianos que he tratado, es católico y creyente, censura al *Diritto*, periódico jacobino, y piensa que la religión puede hermanarse con el gobierno civil del país. Lo que él desapruueba es el poder temporal del sacerdote. Que los curas se reduzcan á sus funciones de curas, administren los sacramentos y den ejemplo de buenas costumbres; una vez que se logre contenerles, se volverán mejores. En Orvieto, donde él vive, se atribuyen á los frailes muchos hijos de la villa, y esto es un mal. Admira al cura francés, tan decente, que nunca da escándalos.

En Sienna, en los escaparates de las tiendas, acabamos de ver la traducción del *Maldito*, de la *Vida de Jesús*, el último libro de Strauss (1). Un grabado representa á la Verdad que fulmina anatemas contra los curas intransigentes y los hipócritas.

Mi impresión de Perusa á Sienna es la de que este país es muy parecido á Francia. Los aldeanos van, sobre poco más ó menos, tan bien vestidos como los franceses, tienen más caballos, muchos de entre ellos son propietarios. El aspecto de algunas poblaciones trae á la memoria el Mediodía de Francia. El suelo está también cultivado con esmero. Las anécdotas de guarnición que me cuenta el oficialito, el interior de la choza y de la casita semiburguesa, donde arrojo una mirada al pasar, me recuerdan rasgo por rasgo un viaje que el año último hice por el centro

(1) Publicado por esta Casa Editorial.

y el Sur de Francia. Se diría que ésta es otra Francia, hermana menor, que crece y procura parecerse á su hermana mayor. Si se considera á los partidos que combaten, de un lado los viejos nobles y los curas, de otro los burgueses, los comerciantes, todos gentes de educación y profesiones liberales, y entre ellos los aldeanos, á quienes la revolución procura arrancar á la tradición, el parecido no puede ser más notable.

Las gentes algo instruidas saben el francés, casi ninguna el inglés ó el alemán; sólo nuestra lengua es vecina de la suya. Todas sus grandes reformas tienen el mismo objeto; se han imitado las monedas y las medidas francesas; organizan una Iglesia asalariada, sin bienes propios, escuelas primarias, una guardia nacional, y así sucesivamente.

Esta forma de civilización, cuyos inconvenientes conozco, tal como es en sí, es pasable, preferible á otras muchas y bastante natural en los pueblos latinos. Por eso Francia, que es la primera de las naciones latinas, la lleva, con su Código civil y su Revolución, á que se difunda entre sus vecinas.

Esta estructura social consiste en lo siguiente: un gran gobierno central con un fuerte ejército, impuestos bastante pesados y un vasto cortejo de funcionarios que se sostienen con honor y no roban; un pedazo de tierra á cada labrador y además escuelas y otras facilidades para que se eleve á la clase superior, si es capaz de saber aprovecharse; una jerarquía de empleos públicos, ofrecidos como carrera á toda la clase media, limitándose las injusticias por medio de los exámenes y concursos, conteniendo las ambiciones por el ascenso, que es lento, pero seguro. En resumen, el

reparto en porciones casi iguales de todas las cosas buenas, de tal manera, que cada uno tenga su parte, ninguna mayor que otra, casi todas pequeñas ó medianas, y por encima de esto la seguridad interior, una justicia suficiente, la gloria y la vanagloria nacionales.

Semejante situación crea burgueses medianamente instruidos, muy bien protegidos, bastante bien administrados, inertes, cuya sola preocupación es la de pasar de dos mil á seis mil francos de renta. En una palabra, multitud de semiculturas ó de semibienestar, veinte ó treinta millones de individuos pasablemente felices, cuidadosamente encerrados, disciplinados, reducidos, y que en caso necesario pueden formarse en batallones. Mirando las cosas por encima, puede ser que esos hombres hayan dado con lo mejor. Sin embargo, sería preciso ver dentro de un siglo á Inglaterra, Australia y América.